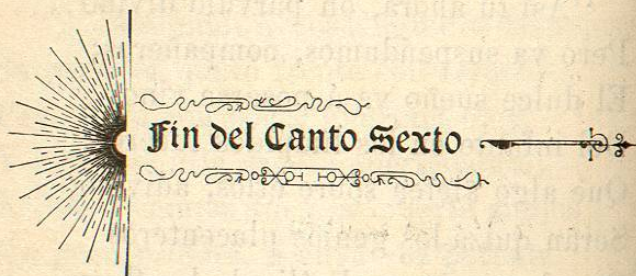


“Partamos, pues la sombras se dilatan  
Negras, corriendo á paso agigantado,  
Como lobos que hambrientos se desatan.  
La grey reclama ya nuestro cuidado;  
Y, si mal mis palabras no se acatan,  
Creed que retornar nos será dado  
A visitar este santuario agreste,  
Del tierneccico Rey, mansión celeste.

Así Tobías hablaba, con voz grave  
Intimando el silencio: á mala pena  
Se alejan de esa gruta, donde cabe  
El que el inmenso firmamento llena.  
Y en tono alegre, concertado y suave,  
Su canto pastoril de nuevo suena:  
Despiértanse los montes soñolientos,  
Y del amor repiten los portentos.



Fin del Canto Sexto







CARTO VII.

¡Ay! ¿por qué de este Edén se me retira?  
¿Por qué otra vez se enlutan y se tiñen  
Las cuerdas de mi plectro que suspira,  
Y sus estrofas, lúgubres retiñen?  
¿Por qué terror el Elicón me inspira,  
Y sus cumbres lauríferas se ciñen  
De negras sombras, y ecos tan dolientes  
Roneas murmuran sus eternas fuentes?

¿Por qué ¡oh dolor! me siento arrebatado  
De en medio de tan grandes alegrías,  
Y al valle de la muerte transportado  
Como aquel vate en más remotos días?  
Es que el eterno llanto, acompañado  
Del eterno furor, de esas sombrías  
Simas sobre mi canto se desborda,  
Y mis oídos, y mi mente asorda.



Es que el reino lucífugo presiente  
Su próxima derrota inevitable.  
Como la blonda leona que impaciente,  
Sus lamidos cachorros é incansable  
Ha buscado en el nido inutilmente,  
Y se vuelve y revuelve inconsolable;  
Y al ver de un cazador las claras huellas,  
Rompe con sus rugidos las estrellas:

Así el umbripotente soberano,  
Por varios inequívocos indicios  
Conoce ya que entre el linaje humano  
Encuétrase el autor de sus sus suplicios  
Que viene á arrebatarse de la mano  
Su cetro con astutos artificios;  
Y decide, sin más, su gran pujanza  
Ensayar, preparando la venganza.

De su gran Belfegor la gran derrota  
(Cuya frente, entre riscos al chocarse,  
Muéstrase aún sanguinolenta y rota)  
No puede de su muerte cancelarse;  
Y frenético agítase y se azota,  
Y en un letargo al fin va á sepultarse:  
Cual delirante que en mil mundos viaja;  
Y á poco ya lo envuelve la mortaja.

Resuelto está, creciendo en su impaciencia  
A convocar de nuevo la asamblea  
Para dar la fatídica sentencia  
Que el mismo cielo con asombro lea;  
Reúnese la negra concurrencia:  
Manda al instante que llamado sea  
A dar cuentas, el hispido Asmodeo,  
En alto grado repugnante y feo.

Del Averno en un ángulo sombrío  
Estaba este magnate agazapado,  
Huraño, triste, en un profundo hastío,  
Y el rostro entre las manos sepultado,  
Desde el día fatal en que, sin brío,  
Fué por la escuadra olímpica arrojado,  
Cuando, en forma de buho, vino á anidarse  
En un hueco, y de todo cerciorarse.

Cual reluctante sierpe se sacude  
Del águila en las garras, así lento,  
Y bamboleando, el torvo genio acude  
A cumplir de su rey el mandamiento  
Antes que allí de su lealtad se dude:  
“Habla Asmodeo, con nervioso acento  
Le íntima el negro rey, díme: ¿cumpliste  
Con la embajada á que mandado fuiste?”



“¿Qué noticia has traído á estas regiones?  
¿Respira ya en la tierra auras vitales  
El que ha de conquistar á las naciones  
Entre grandes prodigios y señales;  
El que ha de hacer ondear sus pabellones  
Sobre los mismos mundos siderales?  
¿Dónde se encuentra, pues, el temerario?  
Dí ¿quién es ese incógnito adversario?

“¿Viste su alcázar arrogante erguirse,  
Y chocar con los astros sus siluetas,  
Y su trono entre nubes erigirse?  
¿Escoltado lo has visto por cometas,  
Del huracán asolador ceñirse,  
Y llegar del empíreo hasta las metas,  
Llevando por corcel las tempestades,  
Y atronar las azules soledades?

“¿Hace él rodar tal vez en mil astillas  
Los tronos y doseles fulguerosos,  
Y pasean triunfantes sus cuadrillas,  
Hollando con desdén los poderosos?  
¡Ay de tí, Lucifer, si no te humillas,  
Si no le rindes tus trofeos gloriosos!  
Hablame, fiel ministro, y franco seas:  
¿Por qué aún indeciso titubeas?

Entónces, recobrando su ardimiento  
El negro embajador, esta respuesta  
Dió en medio del cornudo parlamento:  
“Excelso rey, á quien el Orco presta  
Eterno vasallaje; cumplimiento  
Di, en cuanto pude, á la misión que de ésta  
República llevé: tan grave asunto  
Todo voy á exponer punto por punto.

“Por tan grande embajada preocupado,  
Volé ansioso á cumplirla sin tardanza;  
Recorrí ese país, de lado á lado,  
Ese que duerme aún en su esperanza,  
Por Jehová, á quien adora, lisonjeado.  
Perseguí todo rastro ó semejanza  
De ese incógnito ser, quizá ficticio,  
Que ha de ser para el hombre tan propicio.

“Pregunté al alto Líbano frondoso  
Si algún secreto revelar pudiera;  
Sólo agitó su vértice selvoso:  
Me acerqué de Sarón á la pradera,  
Preguntéle al Jordán undifragoso,  
Y siguió, con desdén, en su carrera;  
Y al triste lago taciturno, amargo  
Ni aun pude despertar de su letargo.



“Después al mismo viento interrogaba,  
A las aves que cruzan por el cielo,  
Y ninguna respuesta recavaba,  
Que pudiese calmar mi ardiente anhelo.  
Ya el vigor de mi pecho se enervaba,  
Viendo mi afán frustrarse y mi desvelo  
En busca de enemigo tan mezquino:  
Pero la suerte en mi socorro vino.

“Pues mientras yo á dejar me disponía  
Mohíno y triste la poblada esfera,  
Y regresar á esta región sombría;  
Ví á lo lejos brillar una lumbrera,  
En los dominios de la noche fría;  
Algo tosco, que albergue pareciera  
De cansados labriegos y pastores,  
O establo de ganados mugidores.

Cual pirata que viendo en lontananza  
Onusta nave que las ondas riza;  
A vela y remo á perseguirla avanza,  
Y rápido, entre espumas se desliza:  
Así yo me dirijo sin tardanza  
En busca de aquel foco que hostiliza  
Con tal vigor los reinos nocturnales,  
Y ofusca los fulgores siderales.

“Era un gran hueco entre las rocas duras,  
Me asomo, y, deslumbrado y aturdido,  
Un momento palpé manchas oscuras.  
Me reanimo, por fin, como corrido  
De mí mismo, y ganando las alturas,  
Me anidé, sin que fuera apercebido,  
En un rincón estrecho, y, á hurtadillas,  
Me puse á espiar absurdas maravillas.

“Sobre un lecho de paja, recostado  
Ví yacer un infante pequeñuelo  
En un áspero tronco, mal vaciado;  
Colocada de hinojos sobre el suelo  
Una tierna doncella estaba á un lado  
Con las manos erguidas hacia el cielo:  
Parecióme del párvulo la madre,  
Y otro grave varón fungir de padre.

“Pronto aquel niño toda la inclemencia,  
Sintió en sus miembros, del sañudo invierno,  
Que, hiriéndolo con rígida inclemencia,  
Hacía temblar su cuerpecito tierno:  
Pero era tal su inopia, y la carencia  
De todo abrigo y de calor materno,  
Que un buey y un asno, á compasión movidos,  
Calentaban sus miembros ateridos,



“Mientras el tierno niño humedecía  
Su rostro con el llanto, que en raudales  
Regaba sus mejillas, y gemía  
Como todos los míseros mortales:  
Pero un nimbo de luz su faz cubría,  
Irradiando los toscos peñascales,  
En derredor: yo todo contemplaba,  
Y ya un pasmo profundo me embargaba.

“Más y más este asombro fué creciendo  
Al ver á los que allá nuestros hermanos  
Eran ¡oh rabia! en coros descendiendo,  
Y en torno de él revolotear ufanos,  
Mil vistosas coréas entretegiendo  
Con guirnaldas de flores en las manos;  
Y luego, al son de su laúd sonoro,  
Cantando todos en alegre coro.

“Cantaban no sé qué muy peregrino,  
Cuyas frases, en hondas conjeturas  
Me sumergieron, que á explicar no atino.  
Cantaban *gloria* al Dios de las alturas,  
Y al que del cielo refulgente vino  
Embajador de paz á sus creaturas;  
Y les oí también honrar al hombre  
De “*hermano y compañero*” con el nombre.

“Los miré, en igual modo envilecidos,  
Y sus timbres hollando y su linaje,  
¡Oh ignominia, oh baldón! todos reunidos,  
De hinojos tributar amplio homenaje  
Al que en esos despojos maldecidos  
Exigía tan torpe vasallaje.  
Mi indignación, por esto, en gran manera  
Rompió, sin que enfrenarla yo pudiera.

“Y, lleno entónces de despecho y rabia,  
Protestar quise con aquel guerrero  
Himno que un tiempo tu gran mente sabía  
Compuso contra el déspota severo  
(Quien tal cosa al oír aún se agravia,)   
Cuando él quiso humillarnos altanero  
En modo semejante, y rebajarnos,  
Y á su yugo insufrible sujetarnos.

“Iba á empezar, y en ese mismo instante  
Cubrió mis ojos una sombra oscura;  
Sentí un choque brutal y horripilante  
Que me obligó á dejar con gran premura  
Aquella triste escena repugnante,  
Y respirar aquí nuestra aura pura.  
Esta te traigo, pues, grande noticia;  
Siempre me sea tu majestad propicia.”



Así el heraldo habló; y en tono erguido  
Luzbel le contestó: “Fiel mensajero,  
Tu cargo nobilísimo has cumplido,  
Y tus nuevas escucho placentero.  
¡Príncipes del Averno! habeis oído  
La cuna ilustre del caudillo fiero:  
¡Qué nobleza . . . qué espléndidos natales!  
¡Dignos del vengador de los mortales!

“Próceres y magnates de la Estige,  
Sombras, tinieblas, llanto, luto y muerte,  
Imperio libre, al que Jehová no rige  
Con férreo yugo, con su mano fuerte,  
Desde que yo la gran palabra dije:  
Cantad, en horabuena, vuestra suerte;  
Yo os convido á gozar, ¡el triunfo es nuestro!  
Ya se despeje el nubaron siniestro,

“Las dudas, las angustias y temores  
Que envolvían nuestra frente envilecida.  
¡Ya sabeis quiénes son los agresores!  
Mi mente os abriré. Cuando cabida  
Empezamos á dar á los rumores  
De esa hostil invasión, no conocida,  
Brotó en mi pecho, por la vez primera,  
Un algo que al temor separe ciera.

“Como rueda el alúd de la montaña,  
Y al rodar, más y más se va ensanchando,  
Y ya trocado en masa enorme extraña,  
Arboles y peñascos va arrollando,  
Hasta arrastrar la pastoril cabaña,  
Que en la falda del monte estaba humeando;  
Así en mi pecho, á paso gigantesco,  
Iba cundiendo aquel temor grotesco.

“Sin darme tregua ni quietud alguna,  
Causábame penosas convulsiones,  
Y crispaba mis fibras una á una.  
Creía ver bajar de las regiones  
Donde duermen los astros y la luna,  
Precedido de inmensos batallones,  
Ese gran rey que toda, en un momento,  
Iba á abrazar la tierra con su aliento.

“Figurábame ver que con su diestra  
Al astro ingente, brusco sujetaba,  
Y al faro nocturnal con su siniestra,  
Y entre sí con gran fuerza los chocaba,  
Y á polvo los redujo; ¡grande muestra  
De ese poder terrible, que amagaba  
Los intereses de este vasto imperio,  
Y al hombre va á arrancar del cautiverio!



“Huye, huye Luzbel, decía yo mismo  
Ante la vista de ese gran coloso;  
No te valdrá tu indómito heroísmo;  
Te va á destruir el grande, el poderoso;  
¡Ay! tus cenizas lanzará al abismo,  
Y hará astillas tu cetro tan glorioso:  
¡Ay de tí si lo afrontas altanero!  
¿No ves cuán desigual? ¡piensa primero!

“¡Ah, sí, muy desigual!: él en pañales  
Está envuelto, tirita y se estremece;  
Su palacio son rocas y zarzales  
Que él riega con su llanto y ensordece,  
Dando de su poder grandes señales.  
¡Oh cuánto su real cuna lo enaltece!  
¡Qué terrible aparato lo rodea!  
¡La risa en mí retoza, y escarcea!”

Y así diciendo, con un gesto horrible,  
Estalló en una enorme carcajada,  
Que á un histrión imitar fuera imposible,  
Y que la misma curia, horrorizada,  
Escuchó en actitud indescriptible.  
Después, con voz un tanto más pausada,  
Prosiguió el negro jefe: “mas, no obstante,  
Es fuerza combatir á ese gigante. . .

“Será un juego infantil aquesta empresa,  
Será ahogar una tórtola en la mano,  
O un nido derribar de la maleza:  
El golpe más pueril no será vano;  
No es menester valor ni gran destreza;  
Mas, cualquier solución venga temprano:  
¿Qué os parece, magnates de la Estige?  
¿Qué medio, al fin, vuestra prudencia elige?”

“Aunque es tanto el orgullo que la frente  
Quema de las tartáreas potestades,  
Y el odio contra el mismo Omnipotente;  
Las han visto, no obstante, las edades  
Siempre obrar, entre sí, concordamente  
Para cubrir la tierra de maldades.  
¡Oh si los hijos de la luz supieran  
Esta norma seguir! ¡cuánto pudieran!»

Al ver de nuevo abrirse franca puerta  
Al libre parecer, la negra turba  
Se mezcla luego, en férvida reyerta,  
Y la paz por momentos se perturba:  
Discute cada quien, y nadie acierta;  
Claudica esta opinión, torcida y curva,  
Aquella por muy ardua se rebata,  
Hierve, y se enciende el áspero debate.



Por vez segunda entónces se levanta  
El nervudo Belial, ó intima adusto  
Hondo silencio, en ademán que espanta,  
Y así habló el orador: "Príncipe augusto,  
Cuyo eterno vigor nadie quebrar tñ;  
No te cause mi voz tedio ó disgusto,  
Y si mal no te suena mi dictamen,  
Aquí concluya este enfadoso examen.

"Hoy que fortuna nos sonrió propicia,  
Y, desnudo, impotente, desvalido,  
Nos muestra al adversario, que ya inicia  
Su campaña marcial; sin mucho ruido,  
Es menester armar nuestra milicia  
Para un caso de azar . . . quizá escondido  
El tenga su poder . . . tales honores  
De la aérea milicia . . . esos fulgores . . .

"Sea lo que fuere, guárdese el problema:  
Yo propongo entretanto, que primero  
Apelemos á aquel stratagema  
(Infalible paréceme y certero)  
Que no hace mucho, en la sesión suprema  
Yo expuse con aplauso verdadero;  
Lo digo sin jactancia, pues veía  
Con qué febril delirio se me oía.

"Infiltrar, digo pues, odio implacable,  
Tósigo de áspid y ceraste, amarga  
Hiel de tigre en el pecho miserable  
Del hombre vil, que nuestro yugo carga,  
Contra ese salvador, que tan amable  
Su fuerte diestra al moribundo alarga;  
Y que si alguna vez, á duras penas,  
El pudiera romper nuestras cadenas:

"Tanto sudor y lágrimas le cueste,  
Tanta humana perfidia y felonía,  
Que maldiga mil veces y deteste  
El infausto momento de ese día  
En que pensó bajar de la celeste  
Región á socorrer en su agonía  
La lútea estirpe. Mas si creéis preciso  
Conjurar de una vez aqueste hechizo;

"Descubriré mi plan. Hoy de Judea  
El timon ha empuñado un extranjero  
Que vió la luz en la árida Idumea;  
Déspota cruel, más sanguinario y fiero  
Que hircano león, ó tigre caucasea:  
Cualquier golpe que dé será certero:  
Su audacia con su astucia se refina,  
Y ambición insaciable lo domina.